
Para reimaginarse la nación puertorriqueña

Jorge Duany

Director, Revista de Ciencias Sociales

Los ensayos más recientes sobre la identidad cultural en Puerto Rico se han concentrado en la decadencia del nacionalismo político y la creciente importancia del nacionalismo cultural.¹ Es decir, mientras el movimiento por establecer un estado independiente en la Isla se ha estancado en términos electorales, las manifestaciones populares de una identidad cultural aparte de los Estados Unidos se han reafirmado en los últimos años. Esta aparente contradicción es uno de los temas recurrentes de este número especial de la *Revista de Ciencias Sociales* y de la bibliografía especializada, la cual me propongo revisar someramente aquí para colocar los presentes trabajos en su contexto más amplio. También quisiera hacer referencia a las contribuciones más importantes sobre el nacionalismo y el transnacionalismo publicadas fuera de Puerto Rico para insertar estos ensayos en un marco de referencia global.

Para empezar, la mayoría de los trabajos sobre este tema en los años noventa han sido volúmenes colectivos o antologías de ensayos editados previamente, lo cual sugiere que el estudio de la identidad cultural en la Isla aún no ha llegado a una etapa definitiva y que muchos académicos están trabajando actualmente en el tema. En segundo lugar, la mayor parte son ensayos interdisciplinarios basados en una amplia variedad de tradiciones intelectuales, incluyendo la historia, la literatura, la sociología y las ciencias políticas. En tercer lugar, los autores tienden a ser puertorriqueños que simpatizan con su objeto de estudio—el nacionalismo, al menos en su vertiente cultural.

En cuarto lugar, muchos de los ensayos están familiarizados con los debates contemporáneos sobre el nacionalismo, comenzando con acercamientos relativistas a la nación como una comunidad imaginada y una tradición inventada (Anderson 1991; Hobsbawm y Ranger 1983) y terminando con los enfoques posmodernos sobre el nacionalismo como un discurso narrativo sujeto a la desconstrucción (Bhabha 1990;

Chatterjee 1986). Finalmente, la mayoría de los autores que escriben en este campo son conscientes de las implicaciones políticas de sus argumentos en el contexto de la dominación colonial de Puerto Rico por los Estados Unidos. Muchos conciben su trabajo intelectual como parte de un esfuerzo más amplio por descolonizar a la nación puertorriqueña. Cuestiones prácticas de estrategia política para adelantar el movimiento a favor de la independencia de la Isla frecuentemente subyacen a debates aparentemente teóricos, imprimiéndole a estos ensayos un carácter urgente y un sentido de compromiso apasionado con el cambio social.

Del nacionalismo al transnacionalismo

Las teorías contemporáneas sobre el nacionalismo hacen hincapié en la construcción social de las naciones en diferentes épocas y lugares del mundo. El sugestivo título del libro del antropólogo Benedict Anderson, *Imagined Communities* (1991; edición original de 1983), ha sido el punto de partida para buena parte de la reflexión actual sobre las naciones. En un pasaje muy citado (pp. 5-7), Anderson definió a las naciones como comunidades imaginadas por sus miembros como territorios limitados y soberanos que compartían lazos de solidaridad horizontal. Como artefactos culturales, las naciones modernas surgieron a finales del siglo 18 en Europa Occidental, particularmente a través de nuevas formas de representación literaria como la novela, el periódico, la biografía y la autobiografía. El nacionalismo también se expresó en instituciones del poder estatal, tales como censos, mapas y museos, que ayudaron a definir la nación como una entidad política aparte.

Para Anderson, las naciones no son necesariamente fabricaciones artificiales sino creaciones culturales enraizadas en procesos históricos y sociales. Es decir, las naciones son construcciones ideológicas con significados personales y colectivos sumamente importantes. Y añadiría yo: las naciones también son representaciones simbólicas de la vida cotidiana de la gente. Aunque inicialmente carezcan de materialidad, las fronteras nacionales posteriormente adquieren un peso decisivo en la conciencia y las relaciones sociales de las personas. Cuando las líneas divisorias entre naciones coinciden con las de los estados, es aún mayor su influencia en la construcción de la identidad y la alteridad.

Desafortunadamente, algunos analistas han colapsado el sentido de "imaginado" con el de "imaginario", lo cual los ha llevado a plantear que las naciones no existen aparte de las maquinaciones ideológicas de las elites nacionalistas o los movimientos populares enfrascados en

su lucha por la autodeterminación. El historiador Eric Hobsbawm, quien acuñó la expresión "la invención de la tradición" (Hobsbawm y Ranger 1983), puso énfasis en los componentes simbólicos y rituales de la construcción del Estado en Europa Occidental durante la última parte del siglo 19. Hobsbawm visualizó las tradiciones inventadas como intentos políticos de constituir una memoria histórica y amoldar una identidad colectiva, aun cuando éstas no existieran o fueran de reciente formación. En su formulación más reciente, Hobsbawm (1993) ha seguido denunciando la manipulación de la historia por parte de los ideólogos del nacionalismo más estrecho.

Los historiadores han mostrado cómo la producción de una cultura nacional siempre conlleva la elaboración de fronteras simbólicas, la selección de algunas características culturales y la exclusión de otras en la definición de una identidad nacional. La lengua, la religión, el territorio y la raza se han invocado comúnmente como las bases de la nacionalidad. Los antropólogos se han acercado a la construcción de una comunidad imaginada mediante mitos y ritos así como discursos que articulan una visión particular de la nación y silencian las diferencias internas, tales como las de clase, raza, etnicidad o género (Foster 1991). Desde esta perspectiva, la identidad nacional es un concepto poroso, movedizo y escurridizo, en vez de una esencia pura, fija e inmutable.

En un libro reciente, Hobsbawm (1990) concentra su atención en el nacionalismo de fines del siglo 19 y principios del 20 en Europa Occidental, cuando muchos estados se reconstruyeron a partir del principio de la nacionalidad. Después de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de liberación colonial en el Tercer Mundo adoptaron el vocabulario del nacionalismo europeo, basado primordialmente en el derecho a la autodeterminación de los grupos étnicos con sus propias lenguas vernáculas. Sin embargo, Hobsbawm sostiene que las naciones no pueden definirse de antemano a base del lenguaje, la etnicidad, la historia, la religión o la cultura, ni siquiera de un sentido de pertenencia subjetivo a la nación. Desde esta óptica, la nación es una entidad social cambiante dentro del contexto de un estado territorial en una etapa particular de desarrollo económico y tecnológico del capitalismo industrial. Así, Hobsbawm afirma: "las naciones no hacen a los estados y al nacionalismo sino al contrario" (p. 10); y más adelante añade: "las naciones son más frecuentemente la consecuencia del establecimiento de un estado que su fundación misma" (p. 78).

A pesar de su atractivo intuitivo, el enfoque de Hobsbawm para definir la nación resulta problemático. Para él, las naciones son fenómenos primordialmente políticos, no culturales, en la medida en que se igualan las concepciones del pueblo, el estado y la nación

*Las identidades transnacionales no se basan
primordialmente en el territorio como principio
organizador de la interacción social
sino en las alianzas personales y culturales de los
migrantes con sus países de origen y adopción.*

heredadas de las Revoluciones Americana y Francesa. La ciudadanía, entendida como participación política masiva, parece ser la clave para constituir la nacionalidad. Otros criterios como el idioma y la etnicidad usualmente se construyen desde arriba, como tradiciones artificiales y ocasionalmente inventadas. Hobsbawm reconoce la importancia de íconos sagrados que representan simbólicamente las prácticas colectivas comunes, tales como las dramatizaciones rituales, las imágenes patrióticas, los festivales periódicos, los himnos y las banderas. Pero aun estos signos culturales son manipulados por el estado en un esfuerzo por aglutinar a sus ciudadanos en torno a una comunidad imaginada, más que satisfacer las necesidades y aspiraciones de personas ordinarias. En última instancia, la nación se convierte en un producto de ingeniería social por parte de astutas elites intelectuales que buscan preservar y adelantar sus privilegios políticos y económicos.

Un intento más razonable aunque menos controvertido por definir las naciones es el de Anthony D. Smith en *The Ethnic Origins of Nations* (1986). Smith observa que la etnicidad ha proporcionado históricamente el principal modelo para la construcción de identidades nacionales, particularmente con respecto a los mitos, memorias, símbolos y valores. El libro de Smith documenta la continuidad entre las comunidades étnicas del pasado y las naciones modernas como bases para la movilización popular a través del mundo contemporáneo. Las ideologías nacionalistas incorporan múltiples elementos de las identidades étnicas persistentes para legitimar la creación de un estado nacional. En este sentido, las naciones no son enteramente tradiciones inventadas o comunidades imaginadas; están históricamente arraigadas en modos más antiguos de asociación humana, como el parentesco y la religión. Como señala Smith (p. 211), “las naciones no son entidades fijas e inmutables ‘allá afuera’...; pero tampoco son procesos y actitudes completamente maleables y fluidos, a merced de cualquier fuerza externa”. En un ensayo más reciente, Smith (1991:vii) propone que “no podemos entender a las naciones y el nacionalismo simplemente como una ideología o una forma de política sino que debemos tratarlos como fenómenos culturales también”. Esta concepción moderada de la

identidad nacional es más apropiada que las interpretaciones extremistas que suponen que las naciones son entidades divinas o absolutamente inexistentes.

Un desafío contemporáneo a los proyectos nacionalistas es la fluidez de las fronteras geopolíticas ocasionadas por la globalización de la economía capitalista mundial así como la creciente migración laboral. Los científicos sociales han comenzado a usar el término "transnacional" para describir a la gente que se mueve a través de fronteras nacionales pero se mantiene vinculada a las comunidades emisoras (Basch et al. 1994; Duany 1994; Glick Schiller et al. 1992; Rouse 1991). Originalmente, el término se refería a corporaciones privadas y otras organizaciones multinacionales con una presencia simultánea en varios países. Al aplicarse a los migrantes, el transnacionalismo sugiere que "las fronteras del estado-nación ya no corresponden a los espacios sociales que habitan estos pueblos sin bordes" (Smith 1994:16).

Como señala el politólogo Michael Peter Smith (1994), los ingredientes simbólicos de las identidades nacionales se dispersan territorialmente aún más en la diáspora. La extensión espacial de las unidades domésticas, las redes sociales y las comunidades étnicas a través de bordes nacionales frecuentemente conlleva la creación de identidades transnacionales. La desterritorialización de los estados nacionales como resultado de la migración es particularmente notable en países caribeños como Haití y la República Dominicana, donde el concepto de una doble ciudadanía ha cobrado cada vez mayor auge en términos políticos y económicos. Sin embargo, también se está dando un proceso de reterritorialización, en el que surgen nuevas identidades ancladas en prácticas espaciales como la apropiación del espacio urbano por las comunidades caribeñas en Nueva York, Miami y otras ciudades de los Estados Unidos.

Las comunidades transnacionales se caracterizan por un flujo continuo de personas en ambas direcciones, un sentido dual de ciudadanía cultural, un apego ambivalente a dos o más naciones y una amplia red de lazos de parentesco y amistad a través de fronteras estatales (Duany 1994). Muchos migrantes no escogen entre una lealtad exclusiva hacia la comunidad de origen o el país receptor, sino que mantienen vínculos estrechos con ambos lugares. Las identidades transnacionales no se basan primordialmente en el territorio como principio organizador de la interacción social sino en las alianzas personales y culturales de los migrantes con sus países de origen y adopción. Los migrantes participan simultáneamente en dos o más sistemas políticos que definen su ciudadanía de formas diferentes y quizás contradictorias. Como apunta el antropólogo Leo Chavez (1994),

vivir al otro lado de una frontera geopolítica no significa que la gente automáticamente deje de pertenecer a sus comunidades de origen. Más bien, los migrantes transnacionales desarrollan lealtades divididas, crean comunidades imaginadas en los países anfitriones y participan activamente tanto en las sociedades emisoras como en las receptoras.

Muchos estudiosos han comenzado a reconceptualizar a los migrantes y otros grupos móviles como los turistas y los nómadas como parte de sistemas socioculturales transnacionales. En este contexto, los migrantes son sólo un aspecto--quizás el más visible--de los flujos poblacionales entre los países centrales y periféricos del sistema capitalista mundial. Las identidades transnacionales cruzan las divisiones territoriales y las culturas nacionales de maneras difíciles de captar desde una perspectiva etnográfica tradicional (Appadurai 1991). Los enfoques más recientes sobre las comunidades transnacionales empiezan por descartar la imagen convencional de la inmigración como una forma de desculturación y completa absorción por la cultura dominante del país receptor (Rosaldo 1989).

Más bien, los inmigrantes mantienen identidades múltiples, fluidas e híbridas, no necesariamente limitadas por categorías geopolíticas sino por afiliaciones subjetivas. El cruce de fronteras se convierte en una imagen apta no sólo para describir el acto físico de desplazarse de un lugar a otro, sino también el entrecruzamiento de culturas, lenguas y estados nacionales en que participan los migrantes. Como resultado, usualmente ocurre un intenso proceso de hibridación cultural (García Canclini 1990; Flores 1993). Las identidades transnacionales, por lo tanto, implican la creación de comunidades imaginadas que trascienden las fronteras territoriales y operan fuera del discurso oficial del estado nacional. Un ejemplo notable de este proceso de movilización masiva de mentalidades, identidades y comunidades enteras es la diáspora puertorriqueña después de la Segunda Guerra Mundial.

Los ensayos de este número

Los cuatro artículos sobre la identidad nacional aquí reunidos contribuyen sustancialmente a repensar los términos convencionales del debate académico y público sobre el tema en Puerto Rico. El ensayo de Arlene Dávila, "¿Se vende con cultura o se vende la cultura? Publicidad comercial y cotidianidad en Puerto Rico", forma parte de un trabajo más abarcador sobre el mercadeo de la identidad nacional en la Isla (Dávila 1997). Uno de los mayores aciertos de este artículo es mostrar el complejo entreluzamiento de intereses económicos y políticos en pugna dentro de la esfera de la cultura popular. En particular, Dávila examina cómo corporaciones transnacionales como Winston y

Budweiser han ayudado a reformular la cuestión nacional, al asociarse con los íconos tradicionales y con las formas emergentes de la cultura puertorriqueña. Al mismo tiempo, la publicidad comercial ha entrado en conflicto con los discursos oficiales de la identidad nacional, elaborados desde las instituciones estatales.

Así, Winston ha apoyado la celebración popular de festivales culturales donde se baila salsa y merengue (en vez de bomba y plena, dos géneros folklóricos consagrados por el Instituto de Cultura Puertorriqueña). En el caso de Budweiser, su campaña promocional más reciente ni siquiera hace alusión a los símbolos tradicionales de la puertorriqueñidad, tales como las máscaras de vejigantes, los santos de palo o las peleas de gallos. Más bien apela a un sentido ambiguo de identidad y comunidad derivado de experiencias comunes de la vida cotidiana, como la comida, la amistad y la fiesta. En este contexto, la aportación fundamental del ensayo de Dávila es analizar cómo las corporaciones privadas utilizan los medios de comunicación masiva para adelantar visiones alternas e impuras de la identidad cultural. En un país saturado por la publicidad como Puerto Rico, esas visiones pueden lograr mayor difusión que los discursos estatales o intelectuales sobre la cultura nacional.

Mientras Dávila plantea la necesidad de analizar el impacto de la publicidad comercial en la política cultural, el ensayo de Nancy Morris, "Nosotros y ellos: reflexiones de activistas políticos sobre la identidad puertorriqueña", evalúa los efectos de la ideología política sobre las concepciones de la nacionalidad. El artículo de Morris también forma parte de una investigación más extensa, publicada recientemente en inglés (Morris 1995; véase mi reseña en este número). El hallazgo más sorprendente (aunque intuitivamente evidente para la mayoría de los que vivimos en la Isla) es el elevado grado de consenso, por encima de las líneas partidistas, sobre la puertorriqueñidad entre los entrevistados. Ser puertorriqueño--para contradecir la antigua consigna del periódico *The San Juan Star*--sí es cuestión de idioma, al menos para la mayoría de los informantes de Morris, quienes rechazan a los *nuyoricans* precisamente por su manejo dominante del inglés. La percepción dicotómica entre nosotros ("los puertorriqueños") y ellos ("los americanos") estructura el discurso ideológico de muchos líderes políticos en la Isla, sean éstos autonomistas, independentistas y hasta anexionistas.

Aun ciñéndose estrictamente a los testimonios de sus entrevistados, Morris propone interpretaciones novedosas sobre la cultura política puertorriqueña. Casi cien años de colonialismo norteamericano y resistencia puertorriqueña a la asimilación cultural a los Estados Unidos

han producido, de una parte, una clara conciencia nacional y, de la otra, una desvinculación de otras formas de identificación regional. Si bien la mayoría de los puertorriqueños no se sienten americanos (o estadounidenses, para usar el término de Morris), tampoco se identifican fuertemente como latinoamericanos, caribeños o hispanos. La idea de un conjunto de "identidades cercadas", entonces, aplicada al caso de Puerto Rico revela un sentido de pertenencia geográfico limitado. Aunque esta observación no implique una vuelta al pensamiento insularista de Pedreira, debe ser objeto de preocupación para los académicos y políticos. Entre otras cosas, habría que reevaluar los currículos escolares y universitarios para determinar hasta qué punto se le está inculcando a los puertorriqueños el concepto de que Puerto Rico está, después de todo, en el área del Caribe y de que pertenece histórica y culturalmente a Latinoamérica.

El artículo de Silvia Alvarez Curbelo, "Vidas prestadas: el cine y la puertorriqueñidad", examina otro ángulo de la cuestión nacional: la construcción de un discurso cinematográfico sobre la identidad. Según Alvarez Curbelo, el cine local se incorporó, aunque tardíamente, al canon del nacionalismo cultural formulado anteriormente por la literatura, la historia y las artes plásticas. Este canon, rearticulado recientemente por directores como Jacobo Morales y Marcos Zurinaga, tiene sus orígenes en los proyectos fílmicos de la División de Educación de la Comunidad surgidos a partir de la década de 1940. A pesar de la debilidad institucional y comercial de la industria cinematográfica en la Isla, Alvarez Curbelo encuentra que las películas realizadas por puertorriqueños en los últimos años revelan una firme resistencia a perder la identidad cultural frente al proceso de modernización industrial de la posguerra. El discurso del nacionalismo cultural se ha trasladado con fuerza y eficacia a la pantalla grande.

A pesar de sus diferencias de enfoque, una extraña coincidencia une a los trabajos de Dávila, Morris y Alvarez Curbelo. Los tres señalan la persistencia de una ideología nacionalista en Puerto Rico, usualmente desplazada de la política partidista a la cultura popular. Los tres sugieren maneras complementarias de entender la construcción de la identidad nacional como un terreno sumamente competido por grupos hegemónicos y subalternos. La última parte del ensayo de Alvarez Curbelo entronca con el de Dávila en su crítica del impacto de la industria de la publicidad en la producción fílmica. También concuerda con el planteamiento de Morris de que el nacionalismo cultural es la ideología dominante entre los líderes políticos e intelectuales del país. Por lo tanto, hay una especie de triangulación de los resultados de estas investigaciones realizadas independientemente. Todo parece apuntar hacia la consolidación cultural del discurso nacionalista--en la literatura, el

cine, la publicidad y hasta en la ideología política. Sin embargo, el nacionalismo político sólo ha logrado captar las simpatías de una pequeña minoría de los electores puertorriqueños en las últimas décadas.

El discurso nacionalista en Puerto Rico tradicionalmente ha excluido a la diáspora de su definición de la identidad nacional. Ya fuera por razones geográficas, lingüísticas o culturales, los puertorriqueños en los Estados Unidos han ocupado un lugar ambivalente en el imaginario colectivo de la Isla. Por eso son tan pertinentes las reflexiones teóricas de Juan Flores contenidas en su artículo, "Pan-latino/trans-latino: los puertorriqueños en el 'nuevo New York'". Para empezar, Flores caracteriza la década de 1990 en la ciudad de Nueva York como una fase "post-Nuyorican". Con la llegada masiva de nuevos contingentes de inmigrantes latinoamericanos y caribeños--especialmente dominicanos, mexicanos y centroamericanos--, el ambiente cultural de los puertorriqueños en Nueva York se ha transformado drásticamente. Según Flores, la "pan-latinización" de la ciudad exige repensar la identidad cultural de los puertorriqueños que viven allá--y los que viven aquí también, agregaría yo. Más aún, la creciente diversidad de la población latina en los Estados Unidos plantea retos importantes a su capacidad para organizarse políticamente, establecer alianzas estratégicas a través de líneas étnicas y raciales, y resistir las presiones homogenizantes de la mayoría blanca y anglófona.

Si el concepto de una identidad nacional en Puerto Rico es problemático, aún más difícil resulta la comprensión de una identidad transnacional entre las comunidades latinas en los Estados Unidos. Por eso Flores fustiga a aquellos autores que han abordado las diásporas latinas desde una perspectiva esencialista, suponiendo que el término demográfico "latino" se refiere a una etnia claramente identificable. Flores insiste en que los latinos constituyen un conglomerado de grupos heterogéneos, diferenciados principalmente por su origen nacional, aunque puedan compartir una trayectoria histórica común, como el colonialismo español y el neocolonialismo norteamericano. El surgimiento de una conciencia "pan-latina" depende fundamentalmente de un conjunto de coyunturas históricas y sociales--entre ellas, el grado de interacción entre dos o más grupos migrantes de origen latinoamericano. Flores termina esbozando una concepción flexible, inclusiva y situacional del "nuevo New York", donde los puertorriqueños tiendan puentes de solidaridad con otras minorías étnicas y raciales--especialmente otros latinos y africanoamericanos-, sin perder su propia identidad nacional.

En conjunto, esta colección de ensayos va más allá de la desconstrucción del discurso nacionalista para mostrar cómo se construyen y reconstruyen las fronteras simbólicas de la cultura

puertorriqueña. La investigación de Dávila introduce un nuevo elemento a la discusión sobre la identidad--la manera en que las corporaciones transnacionales han apoyado y cooptado los proyectos culturales de los sectores populares en la Isla. Los resultados de Morris revelan un consenso ideológico multipartidista en torno a la puertorriqueñidad, así como una falta de unanimidad en cuanto a las estrategias políticas necesarias para preservar y promover lo que tradicionalmente se ha llamado el patrimonio nacional. El ensayo de Alvarez Curbelo propone que el cine también se ha comprometido con la defensa de la identidad cultural, aunque ésta se haya definido de una manera esencialista, romántica e hispanófila. Finalmente, la contribución de Flores a este número pone sobre el tapete uno de los asuntos más relegados del debate sobre la identidad nacional en Puerto Rico: la necesidad de incorporar a casi la mitad de los puertorriqueños que residen fuera del territorio insular. Sobre todos estos temas, quedan muchas preguntas sin contestar, pero el que podamos hacernos tales preguntas de una manera más precisa que antes se debe en buena medida a los avances conceptuales y sustantivos de estos trabajos.

Hacia una conclusión tentativa: un campo abierto

Desde el siglo 19, intelectuales nacionalistas como Ramón Emeterio Betances y Pedro Albizu Campos han imaginado la nación puertorriqueña como un estado soberano, independiente de la dominación española o estadounidense. No obstante, desde el establecimiento del Estado Libre Asociado en 1952, la mayoría de los puertorriqueños ha intentado afirmar su identidad cultural dentro del contexto colonial. Observadores astutos de la situación local han anotado que aunque Puerto Rico se ha hecho cada vez más dependiente de la economía norteamericana, su identidad cultural es ahora más fuerte que nunca. La creciente brecha entre el nacionalismo político y el cultural es uno de los ejes de la reflexión teórica y la investigación empírica en Puerto Rico.

Hoy en día, el nacionalismo ortodoxo ya no es una ideología política dominante en la Isla, como lo fue en las primeras décadas de este siglo. Como han demostrado varios trabajos recientes, el populismo reemplazó al nacionalismo como discurso hegemónico sobre la identidad cultural en la Isla (Alvarez-Curbelo y Rodríguez Castro 1993). Luis Muñoz Marín y otros líderes políticos afiliados al Partido Popular Democrático lograron divorciar las implicaciones prácticas de la continua dependencia de otro estado nacional, de la afirmación cotidiana de las diferencias culturales. De esta manera, aunque Puerto Rico continúa bajo un régimen colonial, el gobierno local posee los principales

atributos culturales de las naciones modernas, tales como una bandera y un himno nacional, un panteón de héroes y mitos fundacionales, una serie de conmemoraciones rituales de fechas patrióticas, una red de instituciones culturales nacionales como museos y universidades, y una representación nacional en los deportes olímpicos y otros eventos internacionales como los concursos de belleza. La elite intelectual de la Isla ha articulado un discurso coherente sobre la identidad nacional basado en la defensa del idioma español, el legado hispánico y otros rasgos criollos, así como algunas tradiciones católicas. Estos elementos han adquirido un carácter emblemático de la cultura puertorriqueña en el plano popular.

De este modo, las fronteras simbólicas entre la cultura puertorriqueña y la norteamericana se han dibujado nítidamente, quizás demasiado. Por ejemplo, los conflictos musicales durante los años ochenta contraponían a los *cocolos*--los amantes de la música de salsa--y los *rockeros*--los que prefieren la música norteamericana--como si estas formas musicales fueran completamente opuestas, aunque la salsa fue concebida y mercadeada en la ciudad de Nueva York. No obstante, el lema del gobierno del Estado Libre Asociado en el Pabellón de Sevilla en 1992 fue "Puerto Rico es salsa". De manera similar, el antagonismo espiritual fuertemente arraigado entre los Tres Reyes Magos como representantes de una tradición hispánica y Santa Claus como una importación extranjera ha dado paso a una coexistencia pacífica, al menos en términos comerciales. El choque culinario entre platos criollos como el arroz con gandules y la comida rápida norteamericana se ha resuelto a favor de una mezcla creativa de ambos. En síntesis, las definiciones populares de la cultura nacional no siempre coinciden con los argumentos esencialistas desarrollados por la elite intelectual. La cultura puertorriqueña está vivita y coleando, pese a su creciente hibridación con la cultura norteamericana, tanto aquí en la Isla como en el norte.

A fines del siglo 20, pocos puertorriqueños pueden imaginar su nación aparte de alguna forma de asociación política y económica con los Estados Unidos. La ciudadanía común y la unión permanente con los Estados Unidos son elementos fundamentales del discurso popular sobre la identidad cultural, aunque parezcan contradecir la afirmación constante de una nacionalidad separada. Esta paradoja sugiere que tanto el discurso colonialista examinado por varios autores (e.g., Thompson 1995) como el discurso nacionalista han sido parcialmente exitosos. Por un lado, los ideólogos imperialistas norteamericanos han convencido a muchos puertorriqueños que la Isla no puede constituir un estado soberano. Por otro lado, la mayoría de los puertorriqueños no se han convertido y probablemente no se

convertirán en norteamericanos. Incluso aquellos que se han mudado a los Estados Unidos no se han asimilado por completo a la cultura anglosajona dominante, como han demostrado Juan Flores (1993) y otros estudiosos de la diáspora. Aunque las implicaciones culturales de la migración circular entre la Isla y el continente aún no se han analizado a fondo, este fenómeno representa una ruptura significativa con otras experiencias migratorias previas. Ni los puertorriqueños que viven en Puerto Rico ni los que viven fuera son los mismos que antes como resultado del flujo bidireccional de discursos, mentalidades, íconos e identidades. Hace falta una nueva manera de imaginar la nación puertorriqueña en el siglo 21 para dar cuenta de estas tendencias emergentes.

JORGE DUANY

NOTA

¹ Me refiero aquí a un conjunto de trabajos que he revisado en más detalle en otro ensayo (Duany 1996). Entre las publicaciones recientes más importantes en torno a la identidad nacional en Puerto Rico se encuentran las de Pabón (1995), Morris (1995), Carrión *et al.* (1993), Alvarez-Curbelo y Rodríguez Castro (1993), Gelpi (1993), Flores (1993) y Díaz- Quiñones (1993). Entre los ensayos aún inéditos cabe mencionar los de Dávila (1997), Stinson Fernández (1997) y Rivera Ortiz (1995). Al momento de redactar este trabajo, salió publicado el último libro de Carrión (1996), una importante colección sobre el nacionalismo puertorriqueño en su contexto caribeño y en relación con el colonialismo norteamericano.

REFERENCIAS

- Alvarez-Curbelo, Silvia y María Elena Rodríguez Castro, eds. (1993). *Del nacionalismo al populismo: cultura y política en Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán.
- Anderson, Benedict. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. (Segunda edición.) Londres: Verso.
- Appadurai, Arjun. (1991). Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology. En *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, editado por Richard G. Fox, pp. 191-210. Santa Fé, Nuevo México: School of American Research Press.
- Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc. (1994). *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*. Nueva York: Gordon and Breach Science Publishers.
- Bhabha, Homi K., ed. (1990). *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Carrión, Juan Manuel. (1996). *Voluntad de nación: ensayos sobre el nacionalismo en Puerto Rico*. San Juan: Nueva Aurora.
- Carrión, Juan Manuel, Teresa C. Gracia Ruiz y Carlos Rodríguez Fraticelli, eds. (1993). *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Chatterjee, Partha. (1986). *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* Londres: Zed.
- Chavez, Leo. (1994). The Power of the Imagined Community: The Settlement of Undocumented Mexicans and Central Americans in the United States. *American Anthropologist* 96 (1):52-73.
- Dávila, Arlene. (1997). *Making and Marketing National Identities: Contesting Culture, Politics, and Corporate Sponsorship in Puerto Rico*. Filadelfia: Temple University Press (en prensa).
- Díaz-Quifones, Arcadio. (1993). *La memoria rota*. Río Piedras: Huracán.
- Duany, Jorge. (1996). Imagining the Puerto Rican Nation: Recent Work on Cultural Identity. *Latin American Research Review* 31 (3) 248-267.
- Duany, Jorge. (1994). *Quisqueya on the Hudson: The Transnational Identity of Dominicans in Washington Heights*. Nueva York: Dominican Studies Institute, City University of New York.
- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press.
- Foster, Robert J. (1991). Making National Cultures in the Global Ecumene. *Annual Review of Anthropology* 20:235-260.
- García Canclini, Néstor. (1990). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Gelpí, Juan G. (1993). *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, eds. (1992). *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity,*

JORGE DUANY

and *Nationalism Reconsidered*. Nueva York: New York Academy of Sciences.

Hobsbawm, Eric. (1993). The New Threat to History. *The New York Review* 40 (21):62-64.

Hobsbawm, Eric. (1990). *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds. (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Morris, Nancy. (1995). *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity*. Nueva York: Praeger.

Pabón, Carlos. (1995). De Albizu a Madonna: para armar y desarmar la nacionalidad. *Bordes* 1:22-40.

Rivera Ortiz, Angel Israel. (1995). National Identity, Citizenship, and the Puerto Rican Status Problem. Ponencia presentada en la Vigésima Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe, Curazao, 22-27 de mayo.

Rosaldo, Renato. (1989). *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*. Boston: Beacon.

Rouse, Roger. (1991). Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism. *Diaspora* 1 (1):8-23.

Smith, Anthony D. (1991). *National Identity*. Reno: University of Nevada Press.

Smith, Anthony D. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell.

Smith, Michael Peter. (1994). Can You Imagine? Transnational Migration and the Globalization of Grassroots Politics. *Social Text* 39:15-34.

Stinson Fernández, John H. (1997). *Being Puerto Rican: The Anthropology of Identity and Migration*. Londres: Berg Publishers (en prensa).

Thompson, Lanny. (1995). *Nuestra isla y su gente: la construcción del 'otro' puertorriqueño en Our Islands and their People*. Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales y Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico.